



Orlando libra á Olimpia. (T. I, p. 173)

« Conocerás cuando á encararme venga
 « Con ese monstruo, á quien provoco y reto. »
 Dice; y al mar botando la barquilla,
 Cuanto supone puede hacerle falta
 Tomando, en ella salta;
 Sus armas todas déjase en la orilla,
 A excepcion de su espada; coge el remo,
 Sus fuerzas todas por moverlo emplea,
 Y, á guisa de cangrejo, las espaldas
 Vuelve hácia el sitio á do llegar desea.

Era el momento en que sus trenzas blondas
 La bella aurora ufana desplegaba
 Al rival de Titon, que entre las ondas
 La mitad de su disco ya elevaba.

De la pelada roca
 A un tiro de ballesta se coloca
 El héroe, cuyo oido
 Viene á herir un gemido
 Débil, cansado, perceptible apena.
 Por la desierta arena
 La vista al punto hácia su izquierda tiende,
 Y atada á un tronco, á cuyo pié se estrella
 La cólera del mar, una doncella
 Desnuda ve cual del materno seno
 Salió; mas el terrenc
 Que de ella le separa, y de su frente
 La actitud consternada, no consiente
 Al paladin reconocer quien sea.
 Con el remo, impaciente
 Por volar á su encuentro,
 La espuma agita, y lucha y forcejea.

En esto, hasta su centro
 Estremece á la mar alto bramido;
 Y, en las hinchadas olas suspendido,
 Llega el monstruo feroz. Cual nube parda
 Que del húmedo valle se desprende
 Y que la tierra en envolver no tarda,
 Su inmensa mole así la fiera extiende

Por la anchurosa mar. Con faz tranquila
 Vela Orlando llegar; y como un hombre
 A quien nada hay que asombre,
 Y que nunca desmaya ni vacila,
 Con el objeto de poder á un tiempo
 Embestir á la fiera, y á la dama
 Dar el útil amparo que reclama,
 Con la barca interpónese, y el cable
 Y el áncora llevando en una mano,
 Sereno aguarda al monstruo formidable.

Viendo en la lancha al paladin la foca,
 Abrió para tragársele una boca
 Por donde un hombre entrara cabalgando.
 Adelántase Orlando, y con la cuerda
 Y el esquife, si mal no se me acuerda,
 Del monstruo se introduce en la garganta,
 Y en ella el ancla atravesada planta.

Bien cual prudente obrero
 Que, en busca de metales,
 De la honda tierra al corazon descende,
 Con sólidos puntales

Las entreabiertas bóvedas suspende,
 Suspende al monstruo infando
 Ambas quijadas el valiente Orlando.
 La espada entónces saca,
 Y con ella en sus fauces cavernosas,
 Ora de corte, ora de punta, ataca.

No se defiende el monstruo, que mal puede
 Defenderse una plaza cuando mira
 Al enemigo en sus murallas. Cede,
 Cede por tanto, y sin sentido gira.
 Sus flancos ora y su escamosa espalda
 Muestra sobre la líquida esmeralda,
 Ora al fondo del mar se precipita
 Y sus arenas con el vientre agita.
 Viéndose entre agua tanta,
 A nado el héroe deja su garganta;
 Ase el cable, y por medio de las olas

Abriéndose camino, á toda prisa
 Se dirige al peñasco que divisa.
 Llega; y saltando en tierra, sin tardanza
 El cable empieza á recoger. En vano
 Resistir quiere el monstruo á tal pujanza;
 Que de un tirón hace el señor de Anglante
 Lo que no hiciera en diez un cabrestante.
 Cual salta y corcovea
 El indómito toro, que se siente
 Al cuerno de repente
 Un lazo echar; así, mil vueltas dando,
 Se agita en vano el monstruo abominable
 Por desasirse del robusto cable
 Que á tierra á su pesar lo va arrastrando,
 Y la sangre que vierte
 El verde humor en púrpura convierte.

Con su vientre escamoso
 Las encrespadas olas oprimiendo,
 Ora el fondo del mar muestra arenoso,
 Ora á la luz del sol opone un velo
 Con las olas que saltan hasta el cielo.
 Los montes y las selvas, con espanto,
 Tal estrépito escuchan. De su cueva
 Sale Proteo, y al mirar á Orlando,
 Su dispersada grey abandonando,
 Del mar huye á esconderse en el abismo.
 Crece la confusion, crece el tumulto,
 Y de tal modo, que Neptuno mismo,
 A su carro enganchando sus delfines,
 De Etiopia se encamina á los confines.
 Ino, llorosa, y suspendida al cuello
 Llevando á Melicerta; las Nereidas,
 Desgreñado el cabello;
 Los Glaucos, los Tritones,
 Cuantos del mar habitan las regiones,
 Sin saber do, despavoridos huyen.

A tierra en tanto al fiero monstruo obliga
 A venir el guerrero, cuya pena

Y esfuerzos poco á poco disminuyen ;
Que, ántes de verse aquel sobre la arena,
Espiró de dolor y de fatiga.

Por presenciar reyerta tan extraña
Muchas gentes de la insula llegaron
Que, con el celo fanático, esta hazaña
Un espantoso crimen reputaron.

« De Proteo la saña
« Atizada con esto, se decian,
« Los horrores de un tiempo mas funesto
« Su cruda grey renovará bien presto.
« Perdon pues invoquemos
« Del ofendido dios, ántes que airado
« Sobre nosotros lance su castigo,
« Y su enojo aplaquemos
« Arrojando en la mar á su enemigo. »

Bien cual activa llama
De monton en monton de seca leña
Cunde y tal vez una comarca inflama,
Así la idea que el terror infunde,
De pecho en pecho en un instante cunde.
Ya de arco, lanza, espada ú honda armado,
A la ribera cada cual descende,
Y por detras, de frente ó de costado
Embiste al paladin, á quien sorprende
Proceder tan brutal y tan injusto;
Mas, cual suele oso intrépido y robusto
Que las ferias recorre,
Por el Ruso ó Litano conducido,
Despreciar de los canes el ladrido,
Así desprecia el príncipe valiente
La loca obstinacion de aquella gente,
Que, al verle sin broquel, sin armadura
Ni yelmo, aprisionarle se figura;
Mas del diamante tiene la dureza
Su piel, desde el talon á la cabeza.
La de ellos, ménos dura,
Cede á los golpes de la ardiente espada

Del conde, que con diez quita la vida
A treinta de la turba amedrentada,
Y en fuga á los demas pone bien presto.
A la dama afligida
Acércase despues; mas, de repente,
De aquella playa por el lado opuesto
Insólito rumor alzarse siente.

Miéntas por esta banda
Ocupaba el de Anger á los isleños,
A tierra de sus leños
Por otras mil saltaban los de Irlanda;
Y, ora fuese rigor, ora justicia,
Iban estrago horrendo,
Por donde quier sin distincion, haciendo.
Los indigenas, ya que sorprendidos
Por este ataque inesperado fuesen,
Ya que escasos en número,
En consejo ó en ánimo se viesen,
Poca ó ninguna resistencia hicieron.
Bajo el poder del vencedor cayeron
Sus haciendas y bienes. Degollados
Sin piedad todos fueron,
Y sus lares hundidos ó incendiados.

De tal rumor y confusion y ruina
Sin curarse el guerrero, se encamina
De nuevo hácia la roca
Donde estuvo la virgen peregrina
A punto de ser presa de la foca.
Llégase á ella, y al mirarla, cree
A Olimpia conocer: ni se equivoca;
Olimpia es en efecto,
Que, víctima infeliz de iluso afecto,
Vino á parar á la insula de Ebuda.
La dama al héroe reconoce en breve;
Mas, viéndose desnuda,
A hablarle ni á mirarle no se atreve.

Rompiendo en fin aquel silencio, el conde
La causa le pregunta

Que la indujo á dejar la tierra en donde
De su esposo querido
Gozar él mismo del amor la vido.
« No sé, señor, » la dama le responde,
« Si sentir debo pena ó alegría
« Al verme en este dia
« Libertada por vos de mi impia suerte.
« Solo, empero, muriendo
« Podrá acabar la desventura mia.
« Dadme pues, oh señor, dadme la muerte,
« Que de todos mis males me liberte. »
Y llorando narraba
Cual la engañó su esposo, y cual dormida
En sitio la dejó do sorprendida
Por los corsarios fué. Miétras hablaba,
Su cuerpo al replegar de mil maneras
Por ocultar su pecho y sus caderas,
De su talle, con púdico bochorno,
Mostraba el graciosísimo contorno.

Ansioso de llegar adonde ropas
Pueda encontrar para la dama, Orlando
Iba á embarcarse, cuando
Llega Uberto con parte de sus tropas,
Miétras el resto, de coraje ciego,
Pone la insula toda á sangre y fuego.

Bien que de espuma y sangre
Se hallase el bravo paladin cubierto,
No tarda en conocerle el rey Uberto,
Que atribuir no puede más que á Orlando
Las pruebas de valor que va escuchando.

Un año solo hacia
Que, heredando la lberma monarquia,
De Francia Uberto abandonó la corte,
Do infante fué de honor, y do se unieron
Él y el de Anglante con estrechos lazos.
Viéndose, pues, allí se conocieron,
Y, la celada alzando, con transporte
Se arrojó cada cual del otro en brazos.

Cuéntale Orlando la conducta aleve
Del duque, y cuanto debe
Este á la bella esposa á quien olvida.
Refiérole tambien cual de su vida,
Perdido que hubo hermanos, padre y trono,
Hacer ella mil veces abandono
Quiso por darle libertad. En tanto
Que Orlando así decia, el triste llanto
Que inundaba los ojos de la dama,
De la estacion riente
Recordaba los dias en que el cielo,
Del seno de una nube transparente,
Refrigerante lluvia lanza al suelo:
Y cual, de rama en rama,
El ala humedecida sacudiendo,
Alegre el ruiseñor se va meciendo;
Amor así de tan divinos ojos
En la luz se complace y se regala,
Y en su liquido aljófár baña el ala.

En esta luz aquel rapaz un dardo
Forja; lo temple en la corriente clara
Que, entre lirios y rosas, se desprende
De los ojos de Olimpia, y lo dispara
De Irlanda contra el principe gallardo,
Que atónito la vista
Por las bellezas de la dama tiende.

El cielo rara vez belleza tanta
En mujer reasumió. No solamente
Eran bellos sus ojos y su frente,
Sus hombros, su nariz y su garganta,
Sino que, hechas á torno
Y del marfil mas puro parecian
Aquellas partes que, con vano adorno,
Avaras ropas encubrir solian.
Por surco hondo y estrecho
Entre sí separados se veian
Los dos cándidos globos de su pecho,
Cual por un valle dos colinas leves,

Del enero cubiertas por las nieves.
Su vientre, sus caderas y sus muslos
De Fidias y de Apéles
Recordaban buriles y cinceles.
Desde los pies, en fin, hasta el cabello
Era imposible ver busto mas bello.

Si allá del Ida en la region lejana
Asistir de las diosas al litigio
Podido hubiera Olimpia, la manzana
Dudo yo que otorgara el jóven frigio
A la reina de Chipre, ni violara
De una hospitalidad franca y sincera
Los derechos tal vez. « Helena cara,
« Sé feliz con tu esposo, le dijera,
« Yo de la bella Olimpia ardo en el ara. »

Ni, á haber podido hallarse esta en Crotona,
Tuviera Zéuxis que estudiar desnuda
Tanta y tanta matrona,
Para acabar la imágen destinada
A decorar de Juno la morada,
Pues las gracias en todas esparcidas
En Olimpia encontrara reunidas.

Yo miro como cierto
Que aquel talle el infiel no vió desnudo;
Pues, á verlo, no alcanzo como pudo
A Olimpia abandonar en un desierto.

De su beldad enamorado Uberto,
Consuélala, y le jura
No soltar el acero ni la lanza,
Hasta hacerla subir de nuevo al trono
Y de Bireno recabar venganza.

Traje con que encubrir tanta hermosura
Hallar despues por la insula procura,
Do, merced á la fiera,
Hay profusion de ropas femeniles.
Para encubrir tan bellas formas, viles
Uberto las juzgó; y así juzgara,
Aunque de pura seda y de oro fino

Con el mayor primor las recamara,
El industrioso y rico florentino.
De Lémnos el artifice divino,
Minerva misma, ignoro
Si tejerlas pudiera que desdoro
No fueran de aquel talle peregrino.
Roldan, que hasta aquel suelo en seguimiento
De su Angélica vino, gran contento
Tuvo en ver la pasion del rey de Irlanda;
Pues este amor de encaminarse á Holanda
Y de buscar al duque le eximia,
Y en pos de su adorada
El orbe recorrer le permitia.
Convencido por fin de que en Ebuda
Angélica no está; mas, en la duda
De si estuvo, del sol al rayo nuevo
Con el caro mancebo
Y con Olimpia embárcase. A la corte
De Uberto llega y se detiene un dia.
Vano es que el rey, vano que Olimpia exhorte
Al héroe que se quede. Su porfia
De averiguar de Angélica el destino
Hacia Francia dirige su camino.
Pártese pues, así que encomendado
Hubo á Olimpia del principe al cuidado,
Y así que de este obtuvo la promesa
De consagrar su vida á esta princesa.
Sus tropas junta con efecto, y liga
Formando con la Escocia y la Inglaterra,
De Holanda y Frisia al duque en breve arroja;
Marcha á Zelanda, y en sangrienta guerra
Del solio y de la vida le despoja;
Y á Olimpia luego haciendo su consorte,
Como reina preséntala á la corte.
Mas al de Anger volvamos, que, surcando
La mar sin rumbo cierto,
Llega entretanto al puerto
De do salió su nave. Allí montando

De nuevo en su corcel, veloz se aleja,
 Y atrás los vientos y las olas deja.
 No dudo que, en el resto del invierno,
 Hazañas consumara
 Dignas de fama y de loor eterno;
 Mas su modestia igual á su denuedo
 En profundo silencio sepultólas.
 No es pues mi culpa si narrar no puedo
 Las que, su esfuerzo consumando á solas,
 Nadie sabrá jamás; pues sus victorias
 Por sus testigos solo eran notorias.

Nada se supo pues; mas, cuando al signo
 De Aries el padre de la luz llegando,
 Doró de nuevo la celeste esfera,
 Y Céfito benigno
 Retornó con la dulce primavera,
 Entónces fué cuando á la par se vieron
 De la tierra flotar las flores nuevas
 Y del valor del paladin las pruebas.
 Del llano al valle, solo y afligido,
 Siguiendo va su fatigado viaje,
 Cuando salir del bosque oye un gemido:
 Toma el hierro al momento
 Y su corcel empuja hácia el paraje.
 De do sale la voz; mas ya la mia
 Débil y ronca sienta.
 Permitidme, señor, que tome aliento.

CANTO XII.

Éntrase Orlando en el nuevo palacio encantado de Atlante. — Encuentra allí á varios guerreros. — Portentosos efectos del anillo de Angélica. — Húyese esta por los bosques. — Riñen Orlando y Ferragut. — Curiosas discusiones entre estos dos guerreros y Sacripante. — Angélica desata y se lleva el yelmo de Orlando. — Rompe este guerrero dos huestes de sarracenos. — Llega á una cueva y encuentra dentro de ella á dos mujeres.

Cuando, al volver de la region Idea
 Al valle solitario
 Donde al gigante altivo y temerario
 Los lomos bruma la montaña Etnea,
 De su hija cara descubrir no pudo
 Céres la huella, crudo
 Fué su dolor. En su fatal despecho
 Desgarra sin piedad su hermoso pecho,
 Y arrancando dos pinos,
 Que enciende en las cavernas de Vulcano,
 Uno de ellos agita en cada mano,
 Y en su carro, arrastrado por serpientes,
 Del monte corre al llano,
 Selvas registra, estanques y torrentes
 Y la tierra y el mar, y, desde el mundo,
 Baja en su busca al Tártaro profundo.
 Lo mismo Orlando, en su ferviente anhelo
 De encontrar á su Angélica, corrido
 Hubiera el mar, la tierra, el aire, el cielo,
 Y del eterno olvido,
 Cual Céres, descendiera á las mansiones
 Si su carro tuviera y sus dragones.
 Mas no los tiene; y á caballo agora,
 Agora á pié, buscando á la que adora,
 La Francia recorrió. Luego la España
 Piensa ver y la Italia y la Alemaña,